

DEPARTAMENTO DE LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA 4º ESO A-B-C-D.
PROFESORAS : ANA MEDINA -MERCEDES MONZÓN- ELENA MARTEL.

ACTIVIDAD FINAL

PARTE 1. A partir de los textos del autor canario Pepe Monagas ,elabora un video en la que se vea representada la escena de uno de los tres fragmentos seleccionados. actividad se realizará en grupos de tres o cuatro alumnos dependiendo de los distintos personajes que aparezcan en el mismo.

Fíjate que en los textos de Pepe Monagas su autor, Pancho Guerra , hace hincapié en las características del español de Canarias en las que debe centrarse cada personaje. Se enviará un video por grupo en el que deberá estar especificado el grupo clase, y los nombres y apellidos de sus componentes y todos deberán participar en el video de la misma forma. Se podrá grabar de forma individual cada uno de los componentes y uno de ellos realizará el montaje y envío del mismo.

PARTE 2. Además el grupo deberá realizar un glosario(recuerden la Caja de Pandora o la Caja de las Palabras) sacado del texto de términos canarios que desconozcan o palabras que les hayan llamado la atención y tendrán que añadir su significado escrito con sus palabras investigando si sus familiares la conocen o la han oído o utilizado.



DE CUANDO PEPE MONAGAS ME CONTÓ EL "COMPROMISO" DE LAS LLUVIAS EN FUERTEVENTURA

A don Simón Benítez.

Voy esta noche de nuestra recién estrenada y echadita Primavera hacia la Plazuela con ánimo de tirarme un salto a Vegueta y recalar en el "Suizo", cuando me cansé de andar. Templada, en penumbra y solitaria la ciudad, da gusto andar por sus calles altas, llenas de encanto propio y de primeros recuerdos personales. Es una de estas noches vacías, en que parece que todos los isleños se han puesto de acuerdo para no ir a ninguna parte.

El predominio de Vegueta, que por fases suele alzarse y ganar, a la manera de un "levante", todo el ámbito de la ciudad atlántica, es absoluto. Cuando paso abstraído, recorriendo castillos, intentando recordar los versos de un soneto o antiguo, con cara de bobo, por delante de la Alameda, desde debajo de uno de sus árboles me llega una voz despaciosa que al pronto no determino:

-Adiós, mi amigo... En seguida se presenta el saludador. Una sombra se desprende de este banco cercano y viene hacia mí... Es Pepito Monagas. Nadie más, ni nadie menos. Con el sombrero tirado atrás, "desafiojado", en un brazo la americana y la mariposa de un virginio entre los labios, sonrío mirándome.

-¿Onde va tan traspuesto... ? Venga pa arriba y se asienta un pisco. Como no tengo esta noche ganas de hablar ni de oír hablar, me disculpo.

-Ande, cristiano. Suba y echamos una parrafiada... ¿Onde va que menos gaste?

Y acabo renunciando al paseo propuesto. Subo y me siento con él bajo la espesa quietud de uno de los árboles, cuyo verdeoscuro y compacto silencio turba por tiempos un escorroso violento, seguido de algún chillido de pájaros.

-Es que se entra ay un avechucho casnifero, se manda su media dosena de pájaros palmeros, como quien come brevas sin pelar, y traspone... El pescao grande se jinca al chico, dise el dicho... ¡Toa la vía! Nos callamos un rato. Un guardia, que pasa al golpito, saluda:

-Buenas, Pepito y la compañá. -Que le vaya bien me alegro... ¿Aónde es el fuego, Manolito... ? -pregúntale Monagas por requintar su pisco, a cuento de la pachorra y cucándome.

-¡No! Fuego, no... Un rabillo aquí lante. Parece que unos galletones esconehabaron una pestillera y se llevaron en peso un escaparate. -¿Y ahora? -¡Déeejelos! ¡Ellos caen!

-¿Pero usted no... no les cae arriba yeso... ?

-¿Pa quéee, usted Pepito? Ellos caen... ¿Tiene un virginia ay, Pepito? Monagas vuelve a cucarme. Saca del bolsillo un sobre viejo y se acerca al guardia:

-¿De cuántas chupaas lo quiere, Manolito? -y le muestra el interior del sobre lleno de colas. El guardia le da dos pasadas, con toda la mano abierta, a las bandas del bigote, lo mira gacho un instante y tumba, tragándose el degüello.

-Hay asquí en la siudad -aclara Pepe sin apoyar mucho el comentario- unos siertos endeviduos que "no fuman..." de lo de ellos. A unos se les queó la cajilla en la mesa, otros no compran porque lo train prohibió de méicos, siertos no encuentran tienda abierta... Este Manolito usa las tres batatas pa fumar a costillas, ¿sabe? Yo, que siempre ha sío luchaor contrero y de mano arriba -¿pa qué vamos a disimulá?-, me ha buscao este sobre, lo ha llenao de colas de toos los tamaños y le digo al que me píe: "¿De cuántas chupaas lo quiere...?" Oiga, ha sío como con la mano... Volvemos a callarnos como tocinos otro rato. La tertulia del isleño está llena de baches y aparentes meditaciones. Claro que pulpeándolas bien, de lo que se las encuentra llenas es de galbana, de siesta eterna, que nadie rompe por falta de fuerzas. Cuando una de estas tertulias se acrecienta con algún peninsular, o cualquier otro elemento nuevo que por che o be tiene sangre en las venas y la taramela liviana, la quiebra de la modorra normal alcanza categoría de sordo escándalo. Alguno de los insulares fijos sale un momento de su soñarrera, se diblusa discretamente sobre el vecino y dice por lo bajo, caliente:

-¡Vaya un piano, cabayeros!

-Oiga, viene desarretado... El hablador acaba tupiéndose, o largándose, porque pegan a jeringarlo con una sonsera ambiente irresistible, o con puntitas de tan mala davada como las de una tunera.

-Jase su calorsito...-dice al fin Monagas-. Pa mí que se va a meté levante. -Sí... Se va a meter. Volvemos a enmudecer un cuarto de hora.

-¿Usté ha oía que en Fuerteventura llovió...? Se metió ese tiempo que llaman en Tunte "de los Molinos" y ensopó como ay años que no ensopaba... Creo que movió barrancos, tan de banda. que ni los más viejos los recordaban iguales...

-Pepe hace una pausa, que aprovecha para encender la cola del virginia, con la cabeza toda cambada y la lumbre de la cerilla lamiéndole el bigote sollamado-o Pa mí que esa gente majorera es llorona. ¡Pa mí lot engo! Siempre ha oía jablar de que si seco, de que si baldío, de que si cabras escurrías, de que si manchonsitos de alfálfara que caben en la palma de la mano... Luego, ende don Miguel de Unamuno -al que tuve el gusto de ver en la Prasuela una sierta noche-, jasta la. pluma más jedionda de los periódicos, no ha quedao perro ni gato que no haiga dicho algo ajoto de esas nubes negaas del sielo majorero... j Oiga, cualquiera se quita de arriba, así como así, toa esa literatura, o como la llamen! Ahora tienen que cargar con ese mochuelo pa in secula recolorum. ¿No le parese? Pausa. Encendemos un cigarrillo y cambiamos la asentadera en que veníamos sustentando el descanso, que entre las tirillas enconadas del echadero y uno que está de carnes que no da para un caldo de pobres, si no muda se enduerme de mala manera.

-Pos yo, ¿qué quiere que le diga? Yo sigo creyendo que son mimos y tapujos, ¿oyó?

-reanuda Monagas tranquilito, imprimiéndole a cada palabra un deje de vara y media-o ¿Y sabe por qué se lo digo...? La otra mañana me cogió en el muelle la llegaa del correillo de Fuerteventura. Venía un conosío, un hombre de ay de la Oliva ée, que conosí yo asquí porque es de mi quinta ée. Los saludemos, como es debío. Y yo le pregunté arrente lo que siempre se pregunta a esa gente de las islas allá, según se "interesa" uno por la familia y taa... :

-Qué, ¿ha llovió argo?

-Sí... -me dijo con un sí esmayao-. Una jarujiya ha caído... Me percaté de que venía serrao de negro de arriba abajo. -¿Por quién es el luto, usté? -voy y le pregunto.
-Por mi padre, que en pas descanse...
-Vaya, hombre. Le doy el pésame y ta y ta... ¿entiende? -le dije yo
-o De vejés, el pobre -dije más, por desir algo
-. j Oiga... ! : Monagas saltó en el banco y se quedó sentado en el filo, vuelto hacia mí.
Medio caliente, dándole al sombrero un golpito hacia atrás, remató:
- ... sabe lo que me dijo... ? Dise: "No. De vejés, no j Se lo llevó el barranco..." ¡!

DE CUANDO PEPE MONAGAS LE LEVANTÓ UN LORO A DON GRACILIANO

A Felo Monzón

DON Graciliano, aquel venerable canónigo insular de la misita mañanera, gran amigo de los animales, que lo mismo ponía un gajito tierno al pinto de una barbería o la palma de la mano con unas migas de pan fresco a los pencos aburridos de las tartanas, que aguantaba en la carpintería o en el cuartito de cotorrones la lata del isleño echón y zoquete, don Graciliano tuvo un loro. Lo trajo un sobrino de don Graciliano de Fernando Poo. Este sobrino de don Graciliano podía ser muy bien el protagonista de aquella copla de folías que empieza: "Soy el hombre más bandío -de los palmares canarios..." Manolito, como lo llamaron de galletoncillo y siguieron llamándolo de pollancón y de carcamal, era a los veinticinco años más corrido que un caballo de tartana y contaba en su haber más líos que la justicia de Tunte. Según dicen se hizo novio de una muchachita de aquí del Camino de los Andenes, que estaba acomodada ca las niñas de Rebenque, descendientas ellas de aquellas del cuento de doña Teodomira. Al modo la engatusó y al modo se le fue el baifo, dando con la quilla en familia calderoniana, de las que mataban por puntos de honra. Lo cierto es que tuvo que salir a espetaperros para abajo para la Costa porque un hermano de ella, que era chófer él, lo estaba aguaitanda para darle un acebuchazo definitivo con la manivela de una camioneta. A los tantos años, madurón ya y con una calentura pegada que acabó llevándose para las Plataneras, recaló de vuelta en la ísula Manolito. Se dijo acá que se aventuró porque tuvo nuevas de que don Graciliano, hombre de supuestos teneres, andaba amagando las últimas; por lo cual, dos parientes lejanos suyos, con los que apenas se trataba, pegaron a rondado, adulándole, con vista a la marea... Manolito, que conocía naturalmente la debilidad del tío por los animales del Señor, tan extremada que a él mismo le había perdonado sus días tumbado y sus noches en vilo, le trajo al canónigo un hermoso loro, un loro especial, una fantasía de loro, que no se llevaba paja y media con los que Néstor nos dejó pintados en el Teatro Perez Galdós. Pero aquella maravilla hablaba menos que una muñeca de gente rica, que aunque con timbre de baifa recién parida dice papá y mamá bastante clarito. Lo vinieron a ver muchos expertos, particularmente gente del cambullón.

-Este animá, pa mí, es que nació tupía -opinó uno-, como siertos endividuos del seso humano que salen impedías del jabla y le jablan a usté !por señas, cosa que en un animáa del seso asín del loro no cabe. ¡Digo yoooo! Otro opinó:

-Pa mí que este animalito estraña. Quiere desirse que no le ha cojío la embocaúra al país nuevo ande ha venía. Seguramente sabe su lengua de ée ayá; pero, está claro, ¿pa qué va a jabláa asquí, si asquí, quitante algún jarandina de esa parte, que haiga perdía por ay, no hay quien sepa papas de su lengua de ée ayá... ? ¡Y es loro viejo, don Grasiliano! Tengo oía que loro viejo no apriende lenguas...

-Moro -corrigió don Graciliano-. Yo tengo oído que moro viejo es el que no aprende lenguas. -Loro o moro, que pa el caso viene siendo lo mesmo, éste es de los que se moría de jambre si tuivera que comer pidiéndolo con su lengua. Hasta que un cierto día conoció el caso Pepito Monagas... Se tropezó con don Graciliano y le dijo que le dejara ver el animal. y ya ante el loro mudo sentenció:

-¿Dste sabe lo que le pasa al cotorro éste, usté don Grasiliano? Pos ni más ni menos sino que tiene susto. Hay que arregostarlo a bulla. Quiere desirse que hay que poneslo, primeramente, onde bele una cabra, onde enree una insalla de chiquiyos, onde se peleen las mujeres y sétera. Cuando tenga el oío jecho al ambriente este de acá, entonses hay que pegar a dasle clase y al golpito. Primero, "lorito rial, tú para España y yo para Portugáa"; después, "larga el saco", o cosa asín; más tarde, "igualito que en Tenerife". Cuando trinque la baladera, yo le aprometo que no jabla: sermonea, que no es lo mesmo.

-¡Tú no me le enseñes maldisiones, Pepe! El loro pasó seguidamente a la casa de Monagas. Y al poco tiempo de la casa de Monagas a Inglaterra, para donde se lo llevó un míster a cambio de unos chelines, una cachimba y media libra de tabaco piola. Pasó un mes. Pepe, que venía huyéndole el bulto a don Graciliano, no pudo evitar un encuentro con el bueno del canónigo a la entrada del Puente de Piedra.

-¿Cómo van esas clases, Pepillo?

-Pos, jay... Ya pasó la cartiya, ende luego. Y se anda en el catón, como quien dise. La semana que entra pegamos con la siclopedia. Pero no se lo mando entodavía, jasta que cante el "Retosna vinchitore", que se lo estoy enseñando...

-Bueno; pero yo podía ir a verlo...

-¡Ni jablar del asunto! Aguante ganas, ¿oyó?, que pa la impresión que se va a yevá, tiempo tiene... Pasaron tres meses. Pepe huye ahora de don Graciliano como del fuego.

Elle manda sus recaditos con un monigote. No está nunca. El galletón dice a la mujer:

-Al favóo de desisle a ée... que esto queee, que dise don Grasiliano que se deje vee.

-Sí, mi niño... Es que no ha venío a almorsaa hoy... Pero vete descuidao... Que se deje vee. Ta bien... El monigote lleva al escamado don Graciliano la misma respuesta:

-Siempre dise que no ha venía a almorsaa. Al mou está en una fonda. A los seis meses Pepe empareja en el mostrador de un timbeque con Felipe el tartanero, que de viejo hacía los viajes a don Graciliano:

-¿Tú no sos el profesor del loro de don Grasiliano? Pos aprepárate, ¿oites?, porque le va a dar parte al sargento Ravelo... y me parese que ya te están buscando.

A Monagas le desagradó el giro que podía tomar el asunto. Tumbó para un cafetín de la Marina y bebió solo más de la cuenta. Los rones lo iluminaron. Y maquinó un plan para liquidar lo del loro. A las cuatro de la tarde del día siguiente recaló por la Alameda y se sentó en un banco debajo de aquel glorioso árbol que antaño sombreaba la bajada a la calle de Muro. Aguardaba allí la salida de coro. Y cuando vio que don Graciliano bajaba al

golpito por la acera de frente a Palacio, púsose de pie en una rebelina y comenzó a mirar hacia lo alto por entre el mato, con mucho meneo de remos, mucho camango y mucho apuntar al cielo con un dedo tieso. Se acercó el jardinero:

-¿Qué le pasa, Pepito?

-¡No me diga naa, hombre! ¿Qué me va a pasáa... ? Que traía el loro de don Graciliano pa devolvérselo, y en el deo, pa más grasia, y se me escapó...

-¿Ah, sí? Pos, ojos que te vieron dii... Ambos intentan localizar al animalito entre las ramas. A los cinco minutos hay veintisiete personas puestas a lo mismo. Cuando don Graciliano rebasa el puente, el gentío da miedo. Monagas lo va movilizándolo. De pronto grita, siguiendo una trayectoria imaginaria con la mano:

-¡Mírenlo, mírenlo... ! ¡Voló pa ayá!

-y desplaza la masa hacia la casa de don Francisco Gourié

- ¡Ahora se corrió pa aquí, pa frente al Casino... !

-y allá va la marea... Se incorpora don Graciliano y en seguida sabe la desgraciada nueva. Está un rato a una orilla, presenciando las "evoluciones" de su loro, sin poder ver a Pepe, perdido en el rebumbio. La masa de goledores va apasionándose y dividiéndose en grupos. De pronto, Pepita la de las tirijalas grita, al tiempo que un betunero le roba dos:

-¡Mírenloooo... ! Ya lo veo...

-¿Dónde?

-¡Allí! Trasito aquel gajo de la telaraña.

-Süi... !

-gritan cien voces. Y en seguida, frente al Gabinete, Angelito el de la Placetilla ve otro loro: -¡Mírenlo allí... ! Allí, a la punta arriba de aquella rama cambada.

-Bonito animal, cabayeros. ¡ Mallimpriaito! -comenta mirando el cielo maestro Domingo Matos con su hermosa voz de socio del Casino. Aún se registra un tercer descubrimiento delante de la casa donde está el Negresco. Pepe el Clueco, que siempre está de debaseo en la Alameda, ve otro loro más. En tres sitios distintos la imaginación popular había inventado tres loros. Entonces se tropieza don Graciliano con Monagas, que entre satisfecho y trastornado por aquel contagio de locura se dispone a trasponer. Dulcificado por el temperamento y la pesadumbre, don Graciliano r~conviene a Monagas:

-¿Qué te parese, Pepillo? -Buenas, don Graciliano... ¿Que qué me parece? Que si yo se que saca crías de esa manera. ¡No lo dejo dir ni aunque me cueste la vía!

DE CUANDO A PEPE MONAGAS SE LE "OLVIDO" PAGAR LA GUAGUA

A Felipe Alonso

ERA en los tiempos, un rato -"no ostante"- menos heroicos que los actuales, de las primeras guaguas, aquellas menudas y salpiconas corre-vuelas, con mucho de jaulón de gallos y de palco del viejo Cuyás, más sobre el "Fotingo" de Malina que sobre las actuales "Majo y limpio", las cuales, por lo escasas y amatalotadas, más majan que limpian; era la época de la crín aplastada, el hierro, la chapa y la vergui Ha convertidos en guagas por obra de la habilidad del isleño; era, en fin, cuando las guagas "caninas", que, a semejanza

de los perros, no dejaban atrás esquina donde no "apararan". Oía usted constantemente en la carretera un agoniado requerimiento, que se hizo clásico: "¿Va pal Puelto?" Entonces "cabía uno", no como ahora, que ni con los "tres de piesss" acaban esas embobecidas y al tiempo desagalladas "fileras" de la Plaza, el Frontón y sétera. No tenían estas guaguas históricas cobrador, por razones de "economía individualista". Y quizá también por el estilo tartanero del servicio. El isleño había vendido las tartanas, derrotadas, ¡ay!, por el "Fotingo". Y se había comprado a plazos su guaguüta, que con una cabra buena de leche hacía el completo en la consecución de la felicidad hogareña. La cabra daba leche, si a mano venía, hasta para vender; y la guagua, la alfalfa y la ración para el animalito y el familiaje, que escarranchado ante una buena borsolana con pellas era la cigarra, y recorto. El antiguo tartanero, que se había limitado a cambiar las bridas y el rebenque por un volante y un acelerador, no tuvo antes cobradores. ¿A qué tenerlos ahora? Resultaba un lujo de "chonis" contar atrás, para los cuartos, con un galletón, que si salía malamañado solimpiaba al día su par de pesetas tranquilito. Entonces uno cogía la guagua y gritaba a su debido tiempo: "¡Apare en la esquina!" "Su debido tiempo" quiere decir unos quinientos metros antes del sitio, ya que había que dar a los frenos de alpargata disponibles un margen para ir dominando la velocidad, que remitía agoniadamente, entre gritos, chillidos y estremecimientos del hierro. Bajaba uno, iba alante, pagaba la perra al chófer, y adiós mi amigo. Pero el isleño, que tiene ganado a pulso el Premio Nobel de la Trampa de la Luz, solía aprovechar cualquier "jasío" -un rebumbio, un conato de choque y un sétera- para hacerse el sonso y bajarse y largarse tranquilamente. Entonces solía caerle atrás el guapido del chófer: que había de llevar el pasaje; ofrecer gratis una corrida de toros en la que él ponía el toro y el peatón el torero; chocar dos veces con un carro de Telde cargado de millo; acechar por el espejo al tranvía y a las otras guaguas que se partían el cigüeñal a todo lo largo de la carretera en la más espectacular y pintoresca competencia de la historia universal, y aguaitar a los frescos que "olvidaban" apoquinar debidamente. Cierta día subió en la Plaza, con rumbo a Lugo, mi compadre Monagas. Tenía perras, pero no tenía ganas de pagar (disposición que constituye una peculiaridad más de la compleja y pintoresca personalidad isleña). A la altura de la Casa Encarnada, una mujer, que llevaba en la falda un ancho balayo oliendo a cherne, gritó medio clueca: -¡Apare en la esquina, usté cristianito! Pepe, que iba junto a la bajada, armó brinco. La viajera y su cesta, Lo cubrían. Se atorró un pizco y echó a andar mirando interesado a las casas de enfrente, como si buscase en ellas un número. El chófer lo caló de golpe. Por el espejo, que como queda dicho era el gran cómplice de la competencia, al tiempo que el gran control de los frescos, vio cómo Monagas trasponía. Gritó, caliente:

-¡Sss... ! ¡Usté, sí...! ¿Vamos a pagá o no vamos a pagá... ?

Pepito se volvió sorprendido. ¿Sería a él? Miró a los lados y detrás, buscando al requerido.

-¡No, si es a usté! No mire pa las bandas.

-¡Ah!, ¿es a mí, dise?

-¿':Conses a quién? -Güeno, usté dirá qué se le oírese. -Hombre, mire, que no ha pagado la guagua ... Monagas, que conocía las compras a plazos y las exigencias de los vendedores, se decidió a darle un consejo: -Ah, ¿no la ha pagao? ¡Pos páguela, amigo, mire que se la quitan!

